

EL NACIONALISMO COMO FENÓMENO POLÍTICO: EVOLUCIÓN HISTÓRICA¹



Yetzy U. Villarroel PEÑA²



Resumen

En este artículo se realiza un análisis del nacionalismo como un fenómeno político, realizando un recorrido histórico desde Europa hasta América y vinculándolo al nacimiento del Estado nacional en ambos continentes. En este sentido se observa al nacionalismo desde tres momentos diferenciados o fases a las que se señala como sentimiento de amor a la patria, como ideología y como movimiento político, de manera que podamos comprender mejor este fenómeno al cual están asociados muchos de los grandes acontecimientos mundiales.

Palabras claves: Nacionalismo. Nación. Estado.

Introducción

El origen del nacionalismo está directamente relacionado con el surgimiento de las naciones y del Estado nacional como una nueva forma de organización socio-política. En este primer momento histórico, el nacionalismo era visto como un principio, el de la nacionalidad, según el cual se establece que para cada nacionalidad debe haber un Estado.

Sin embargo, cuando nos referimos a la evolución histórica de la humanidad y hurgamos en las diversas formas de organización anteriores a los Estados nacionales, como las tribales, ciudades-estados o imperios, nos damos cuenta de que en éstas podemos encontrar también lazos de solidaridad entre sus miembros que pudieran asumirse como rasgos proto-nacionales. Por esta razón, para comprender mejor la evolución del nacionalismo, vamos a detenernos un poco en esos primeros vestigios históricos que nos dan cuenta de la manera como el nacionalismo se fue originando.

Primeros atisbos históricos del nacionalismo

En el mismo instante en que el hombre se convierte en sedentario y se establece definitivamente en un lugar que pronto se convertirá en su hogar, se establecen lazos de solidaridad primarios con el territorio de donde extrae su sustento; luego éstos se amplían hacia la familia con la cual convive y más tarde a la tribu o clan al cual pertenece. Así, en la medida en que el clan o la tribu se van desarrollando se estructura la forma de convivencia, según la cual cada miembro ocupará un lugar específico dentro del mismo, bien sea como cazadores, guerreros, religiosos, entre otros, creando una estratificación social.

Esta interacción dentro del grupo genera lealtades hacia la autoridad territorial, líder o jefe del grupo, chamán o gurú religioso, lo cual no quiere decir que todos los miembros del grupo experimenten esa lealtad del mismo modo e intensidad, incluso no todos, probablemente, experimenten algún tipo de lealtad. Aquí nos referimos a una lealtad primaria de carácter utilitario. No obstante, en esa constante interacción se va creando una cultura basada en una serie de ritos, lenguaje, modo de vida y de subsistencia comunes, que permiten a este grupo humano diferenciarse de otro y considerar a ese otro, basado en esas diferencias, como extraño al grupo, como extranjero. Ya en este momento podemos hablar de un sentido de identidad.

Esta identidad se irá reforzando e incrementando en el tiempo si ese grupo se mantiene en ese mismo territorio durante largos períodos; si las condiciones son favorables y lo permiten, llegan a cooperar o a fusionarse con otros grupos, bien sea voluntaria o involuntariamente, hasta formar alguna otra organización más compleja en su estructura social, política y económica. Esta comunidad, con el tiempo, irá acumulando en su memoria un pasado histórico, con los recuerdos de sus ancestros, guerras, logros y fracasos. Aquí nos encontramos ante una comunidad étnico-cultural, cuya identidad es también de tipo étnico.

En todos los tiempos ha existido algún tipo de identidad que une a los grupos, que van desde las identidades más elementales hasta las más complejas. Ésta se reformula en la medida en que las relaciones sociales, económicas y políticas de la comunidad igualmente se vayan haciendo más complejas. Entonces, podemos afirmar que la identidad es una condición intrínseca al ser humano, y esa identidad junto con elementos culturales, especialmente de

carácter religioso, origina los lazos de cohesión necesarios para formar la identidad colectiva, que con el tiempo se puede convertir en las bases del patriotismo o del nacionalismo en clave moderna.

En la antigüedad se pueden encontrar algunos ejemplos de protonacionalismo, sin embargo, no se puede hablar de la existencia de naciones para ese momento. Por ejemplo, en el antiguo Egipto, debido a las bondades del Nilo, los egipcios podían contar con un territorio estable, en el que este grupo humano pudo organizarse políticamente de forma unificada, bajo un mismo cuerpo de leyes de contenido político-religioso. Así, esta civilización contaba con una historia, lengua, mitos, ritos, y religión común e incluso una economía común, aunque de subsistencia, que los diferenciaba de otros pueblos.

De acuerdo con las afirmaciones de Anthony Smith, el antiguo Egipto podía perfectamente calificarse como un Estado étnico, en cuanto contaba con las siguientes características: territorio estable e histórico, una organización burocrática fuerte y unificado por una larga historia de reinado, población organizada bajo un mismo código de leyes y el monopolio de una religión que otorga un bagaje cultural, mitos y recuerdos, es decir un sentido de identidad colectiva (SMITH, 2000, p. 41).³

Por supuesto, no es posible saber cuán estrechos eran los lazos que representaban la identidad en un pueblo como el egipcio, conformado por una estratificación social bien marcada. No obstante, podemos afirmar, haciendo nuestras las palabras de Emilio Durkheim (1995, p. 222-223) que en momentos de guerra o conmoción estos lazos se estrechaban.

Las grandes conmociones sociales, como las grandes guerras populares, avivan los sentimientos colectivos, estimulan el espíritu de partido como el patriotismo, la fe política como la fe nacional y, concentrando las actividades hacia un mismo fin, determinan, al menos durante algún tiempo una integración más fuerte de la sociedad [...].

Debemos aclarar que Durkheim no se refería a las agrupaciones sociales de la antigüedad, pero sus argumentos pueden aplicarse a ese momento histórico, sobre todo cuando la guerra era el uso más frecuente de la época. De igual manera, entonces, las comunidades antiguas, al verse involucradas en una guerra debían tomar partido para preservar su subsistencia.

No sabemos exactamente cómo operaba el sentimiento de identidad en las masas que componían estos Estados étnicos. Probablemente para el esclavo sería indiferente estar bajo el dominio de uno u otro imperio, pero para el hombre libre la situación es diferente, puesto que tenía el deber de luchar por preservar la integridad de su familia y de la extensión territorial donde descansaban los restos de sus antepasados, pero por sobre todas las cosas, el deber de luchar por continuar siendo libre. Anthony Smith llama a este fenómeno etnocentrismo.

Lo anteriormente dicho no sólo es aplicable a los egipcios sino también a otras comunidades antiguas como las griegas o las hebreas, las cuales contaban con un gran sentido de unidad cultural y religiosa respectivamente, que las hacía conscientes de sus diferencias con otras agrupaciones.

Para Hans Kohn (1966, p. 13), en los griegos y en los hebreos de la antigüedad se encuentran “las raíces del nacionalismo [...] occidental”, en virtud de que los mismos manifestaban por lo menos alguna de las características del nacionalismo moderno como: 1) la idea de pueblo elegido para guiar al resto del mundo y que los diferenciaba del resto de los pueblos, 2) la importancia del bagaje de recuerdos comunes pasados y esperanzas en el futuro y 3) el mesianismo nacional (KOHN, 1966). “Los griegos compartieron” junto a los hebreos el “sentimiento de superioridad cultural y espiritual frente a otros pueblos [...]” (KOHN, 1966, p. 14).

Y es que en esta fase, el nacionalismo no pasa de ser un sentimiento de amor hacia el suelo ancestral, de orgullo por los logros o superioridad de una civilización o pueblo en relación con los pueblos aledaños, de ira ante los intentos de expansión de los otros en detrimento de su comunidad. Ese sentimiento expresa los primeros esbozos de lo que es el patriotismo “amor a la patria [...] emoción, e implica apego, simpatía, fidelidad, lealtad”. Que “es instintivo en el hombre [...]” (HAYES, 1960, p. 12).

Carlton Hayes sostiene que “desde el momento en que la gente se siente consciente de su nacionalidad y la considera como primer objeto de su patriotismo, comienza a generar nacionalismo cultural o político [...]” (HAYES, 1960, p. 12). Es necesario señalar que cuando Hayes se refiere a nacionalidad no lo hace en sentido moderno, sino en concordancia con el significado etimológico de la palabra. Por ello, explica que “la palabra proviene del latín *natio*,

que significa racial común” (HAYES, 1960, p. 3), lo que equivaldría en la actualidad al término étnico. Dice Hayes que el hombre en muchos períodos ha roto los lazos de la tribu y ha transformado el tribalismo, forma primitiva de nacionalismo, en objeto de lealtades más amplias (HAYES, 1960, p. 28).

La lealtad hacia la tribu fue sustituida por la lealtad al imperio y esto sucedió en los imperios de Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, India y China, al igual que el Inca y Azteca de la América Precolombina. Posteriormente, la lealtad al imperio fue sustituida por la lealtad hacia la nación.

Con el Imperio de Alejandro Magno, durante el siglo IV a. C., las divisiones entre bárbaros y griegos se disuelven, debido a que Alejandro fusionaba en su propia persona características de ambos (ROCKER, 1949, p. 48-49; MC NALL, 1983, p. 143-145).⁴ Alejandro establece una nueva forma de considerar la patria, ya ésta no sería un territorio delimitado por fronteras que separa grupos diferentes y antagónicos, sino que la patria es el mundo entero, por lo que el hombre se convierte en ciudadano del mundo y no de un imperio; de esta manera se impone una visión cosmopolita⁵ que va a perdurar más allá del mismo imperio macedonio.

Esta visión del mundo permitió que los elementos protonacionales que se observaban durante algunos lapsos de la antigüedad permanecieran velados, casi imperceptibles, pues ya no eran necesarios para mantener la supervivencia de los grupos, puesto que el imperio suministraba la seguridad y el control de todos los pueblos que lo conformaban. Estos se encontraban arropados por un mismo cuerpo político y una identidad colectiva dirigida hacia el imperio. La gran extensión de territorios que Alejandro conquistó permitió la fusión de los pueblos y de sus culturas, siempre bajo la supremacía griega. A su muerte la unidad cultural y económica se mantuvo a pesar de la fragmentación política en que quedó sumido el imperio (MC NALL, 1983, p. 142).

Mediante el influjo de los griegos, el Imperio Romano hizo suyo el sentido cosmopolita dentro de su territorio; además de los pueblos que habían sido parte del Imperio de Alejandro cohesionó otros, los cuales fueron organizados bajo un código común aunque respetando las

diferencias culturales, lingüísticas y religiosas de sus miembros, pero todos estos aspectos subyugados por la jerarquía y figura divinizada del César.

Esta es la razón por la cual en la antigüedad parece no haber indicios de algo parecido al nacionalismo político, pues aunque se encontraba sólo latente en los pueblos, emergió cuando los mismos desearon y tuvieron los mecanismos para adquirir una identidad colectiva propia e independiente de cualquier dominio externo, originando lo que conocemos como el Estado nacional moderno.

Debemos hacer aquí un paréntesis para explicar cómo podemos, por un lado, afirmar que el nacionalismo es un fenómeno moderno y por el otro, decir que se encuentra presente en la antigüedad sin llegar a caer en contradicciones.

En sentido amplio, el nacionalismo es un sentimiento de amor y fidelidad a la patria, etnia o nación⁶ y este sentimiento siempre ha estado presente en mayor o menor grado en anteriores organizaciones previas a la nación, sólo que ha sido llamado tribalismo, etnocentrismo⁷ o más recientemente protonacionalismo, según sea observado en formas de organizaciones menos complejas que la nación. Es en este sentido que se afirma que está presente en la antigüedad.

Actualmente, a ese sentimiento se le conoce con el nombre de nacionalismo, debido a que con el surgimiento de la nación es que se hace más evidente su influjo en la vida del hombre y sus relaciones con su entorno y porque al ser observado como lealtad a la nación derivó la palabra de ésta, perdiéndose su presencia en el tiempo y adquiriendo la sensación de ser algo novedoso. Es importante destacar que desde su aparición, con el arribo de la modernidad, el fenómeno nacionalista se ha ido reconstruyendo y adquiriendo múltiples características, lo que se puede observar si comparamos el tipo de nacionalismo que se origina en Europa Occidental y el que se genera en Europa Oriental. Por otra parte, en concomitancia con las necesidades del Estado a las que responda el nacionalismo se transforma de su dimensión social de identidad a la dimensión política de ideología o en movimiento político.

El sentimiento al que nos referimos es el que permite dar origen a una nueva forma de organización más estable y compleja; por ello existen autores como Elie Kedourie (1988),

Erick Hobsbawn (1991) y Ernest Gellner (1988), quienes afirman que no es la nación la que origina el nacionalismo, sino al contrario, el nacionalismo engendra la nación.

Estas afirmaciones son una crítica al modelo perennialista. Para estos autores la idea de una nación surgida de manera espontánea o por gracia divina es sólo un mito, en su lugar exponen que contrariamente la nación es una invención producto del nacionalismo, porque el nacionalismo cuando actúa como ideología y como movimiento político define los elementos que van a diferenciar al grupo que se desea constituir en nación, toman una cultura ya existente y la moldean para transformarla en base de la nación.

Europa Occidental: epicentro del nacionalismo como fenómeno político

Hasta aquí el nacionalismo es visto, en lo que denominamos su primera fase, como el sentimiento de amor al suelo patrio⁸, fuerza que permite dar paso al Estado moderno, según el cual la soberanía ya no descansa en el Rey sino en el pueblo, desmantelando el Estado absolutista y convirtiéndose, entonces, en el modo de organización político-social imperante en el mundo.

Durante el siglo XVII en Inglaterra y luego durante el XVIII en Francia, el nacionalismo adquirió las características políticas que hoy le son propias, es decir la identificación de los ciudadanos con su país de origen. Al siglo XIX le corresponde su período de difusión por América y el resto de Europa. Mientras que el siglo XX con todo su avance tecnológico y científico sellará el proceso de transformación y renovación que el nacionalismo adquirió en su desplazamiento desde Europa Occidental a Europa Oriental. En cada siglo y en cada lugar en que apareció obtuvo un rasgo distintivo que le permitió dejar una huella en la historia. Durante el transcurso de esos cuatro siglos, el nacionalismo como un sentimiento de amor al suelo patrio se convirtió en ideología política⁹ que en manos de los intelectuales tomó forma al agregársele símbolos, mitos, ritos y todo conjunto de elementos que permitiera exaltar al máximo los sentimientos que la población tuviera respecto de su nación, esta vendría a representar la segunda fase del fenómeno.

Una vez estructurada una ideología nacional su utilización por parte de los partidos políticos representó la transmutación del nacionalismo en movimiento político, de manera que

conjugando las tres fases ya mencionadas el fenómeno nacionalista era capaz de movilizar a grandes conglomerados de población para lograr algún objetivo político, bien sea la independencia nacional del dominio extranjero, o de cualquier otro factor que pusiera en peligro, real o imaginario, la supervivencia del Estado.

Cuando se habla de los orígenes del nacionalismo como fenómeno político, autores como Hasting (2000), Smith (2000) y Hobsbawm (1991), coinciden en que éste se originó en Europa y específicamente en Inglaterra desde el cual se propagó. No obstante, es necesario enfatizar que gran parte de esta afirmación se debe al carácter eurocéntrico de pensamiento que predomina en el mundo y del cual es difícil desprenderse, pero siendo consecuentes con las afirmaciones sostenidas al comienzo de este estudio, sabemos que la presencia de formaciones nacionales y de identidades colectivas pueden ser ubicadas en la antigüedad y no con exclusividad en Europa, habría que hacer un estudio exhaustivo de la organización política del Japón y la China primitivos y de la América Precolombina, por ejemplo, para dilucidar realmente en qué momento de la vida humana se manifestó por primera vez el embrión del nacionalismo y si éstas llegaron a coincidir.

Siguiendo la línea de pensamiento según la cual la organización en Estados naciones se origina en Europa y que con estas formaciones se hace más evidente el influjo del nacionalismo como doctrina política, es Inglaterra la que experimenta el nacionalismo primero, por ser la primera que asume una formación nacional y la que estructura su economía bajo el modelo capitalista, fueron los hechos claves de la historia inglesa los que determinaron la formación de la nación y su consecuente nacionalismo, debido a que en los momentos de guerra y caos es cuando el individuo se sostiene en su identidad colectiva para preservarse.

Sin embargo, estos hechos, no deben tomarse de manera aislada, sino comprenderlos como una consecuencia de la hilación de una serie de hechos históricos previos, entre los que se pueden señalar la Guerra de los Cien años, la Revolución Puritana y la Revolución Gloriosa, dando origen a todo un proceso político que permitió generar los cambios que cada uno de estos acontecimientos produjeron en la sociedad inglesa y en el resto del mundo.

Así comprendidos los hechos, el nacionalismo inglés del siglo XVII estuvo basado en el protestantismo, que veía en todo lo que representara a la Iglesia Católica su principal fuente de

peligro a su existencia nacional. Lo relevante de las revoluciones inglesas, Puritana y Gloriosa, se encuentra en la creación de conceptos que posteriormente se convirtieron en principios universales, puesto que permitió señalar el camino para desmontar el paradigma de pensamiento político de la Edad Media que ya no se ajustaba a los cambios que el hombre estaba experimentando y proporcionó el bagaje conceptual para estructurar el pensamiento de la Ilustración caracterizado por el escepticismo racionalista. La lucha por la libertad individual, religiosa y política de los ingleses demuestra que esta faceta de su pensamiento nacional está vinculado a contenidos democráticos y liberales que paradójicamente son contrarios a las distintas tendencias imperialistas¹⁰ que mostraba hacia sus vecinos.

Igualmente, el nacionalismo británico del siglo XVII se caracteriza por ser laico, difiere bastante de las oleadas nacionalistas que se produjeron en el mundo durante los siglos XIX y XX, en tanto que nace con la idea de libertad individual incorporado, no se identifica con el hombre común o con las masas, más bien con el hombre poderoso, el propietario que busca satisfacer sus necesidades con independencia de un sistema rígido centralizado, propios

del absolutismo, para así lograr su prosperidad económica y su emancipación de los dogmas religiosos. Hay que considerar que en esta lucha por la libertad y la democracia no todos los hombres son considerados ciudadanos y menos aún iguales, en cuanto esta era de carácter censitario, por lo tanto no eran todos merecedores de participar en la vida pública, tomando en cuenta el caso de las mujeres o de los súbditos de las colonias como ejemplo.

Estas ideas libertarias posteriormente fueron tomadas por los intelectuales franceses quienes las elaboraron y nutrieron para conformar el movimiento ilustrador, también se propagaron hacia Nueva Inglaterra conservando su fervor puritano y alimentado por la filosofía de la Ilustración, que les permitió a los colonos de las 13 provincias encausar el esfuerzo común hacia la lucha por la libertad, la autodeterminación y los derechos políticos que les desmarcara definitivamente del dominio de la corona inglesa. Ya el nacionalismo como factor político no sólo es utilizado para alcanzar algunas reformas y concesiones, ahora permitía la autodeterminación de un pueblo, la independencia y la conformación de un Estado republicano.

Respecto a Inglaterra se produjeron hechos históricos que favorecieron la consolidación del Estado nacional inglés y la manera de autodefinirse sus nacionales. Entre estos hechos están por un lado haber podido limitar el poder monárquico, lo que le asestó un duro golpe al sistema estructurado bajo el principio del Derecho Divino de los Reyes, dando forma al pensamiento liberal y por otro lado la Reforma Católica, propiciada por los alcances del Renacimiento.¹¹ La Reforma como movimiento revolucionario cambió la manera como la iglesia se inmiscuía en todos los aspectos de la vida pública, además de contribuir al despegue del pensamiento científico y su consecuente influjo en los cambios económicos, sentó las bases para la formación de un gran Imperio y la construcción de una identidad nacional de carácter imperial.¹²

La corriente política nacionalista de los ingleses basada en el principio de libertad y tolerancia consigue campo fértil en los pensadores franceses quienes, aprovechando los insumos otorgados por los británicos, consolidan el pensamiento de la ilustración y finalmente se produce uno de los mayores hitos históricos de la de humanidad que es la Revolución Francesa puesto que ésta modificó la manera en que el mundo estaba políticamente estructurado, ahora es la nación y no el Rey quien impone las reglas del juego político y desde ese momento se identifica o se diluye la frontera entre el Estado y la nación.

La diferencia entre el nacionalismo que se percibe en Inglaterra en el siglo XVII respecto al que se conoce en Francia un siglo después, radica en que el primero es un nacionalismo de un grupo selecto, mientras que en el del Siglo XVIII se descubre la fuerza de la movilización social expresada mediante el mito de la personalidad colectiva. Ya en el siglo XVIII con la Revolución Francesa el principio inglés de libertad se llevó más lejos, alcanza a toda la colectividad, ahora el nacionalismo es la base de acción del Estado, en cuanto es la nación y no la figura del Rey el soberano; se busca vincular al ciudadano a la acción pública como en la antigüedad, con la diferencia de que el concepto de ciudadanía amplía su radio de acción, ahora todos los hombres son iguales, todos son ciudadanos; “La verdadera comunidad política sólo podía basarse sobre la virtud de sus ciudadanos y de su ardiente amor a la patria. La Educación pública tenía que sembrar esos sentimientos en el corazón de todos los niños” (KHON, 1966, p. 27).

En esta etapa histórica el nacionalismo, por un lado, eleva en igualdad a todos los hombres, lo cual genera una especie de intolerancia de clase, pues produce un choque entre dos fuerzas, una innovadora y otra conservadora. Las élites se sienten vulneradas en sus derechos y privilegios, mientras que las masas impulsadas por las nuevas ideas de igualdad y libertad encausan sus frustraciones en demandas de mayor distribución de bienes económicos y políticos. El resultado final es el choque frontal de ambas fuerzas en las que cada grupo niega el derecho que el otro declara como propio, lo que radicaliza el proceso.

Por otro lado, para convertir a las masas en ciudadanos capaces de ejercer sus derechos políticos y cumplir con las nuevas reglas que regirán el Estado, se recurre a la instrucción, la cual pasa a convertirse en pública eliminando el monopolio de la Iglesia sobre la educación y ampliando su radio de acción hacia las mayorías en lugar de ser sólo destinada a un grupo selecto como era costumbre.

Esta conversión de la instrucción a pública es indispensable para llevar a cabo el proceso de socialización, por ello debe estar inspirada en los nuevos valores de la revolución; se requiere de símbolos que sirvan de identificación del individuo con el Estado, los símbolos patrios, bandera, escudo, himno nacional, monumentos que exalten a los fundadores de la patria o a los héroes nacionales, rituales para rendir culto al Estado, entran en el inconsciente colectivo a través de la educación.¹³ La historia patria habrá de escribirse en función de esos valores y símbolos de manera de exaltar en la población el orgullo nacional.

El Estado desplaza a la Iglesia, otorgándole libertad al ciudadano de los dogmas religiosos que limitaban el pensamiento, así como asumiendo la responsabilidad sobre actividades que anteriormente estaban circunscritas al dominio religioso, como el matrimonio, las defunciones, los nacimientos, la educación, contribuyendo a la formación del derecho civil. Otro instrumento importante para la supervivencia del nuevo Estado, es el ejército nacional, glorificado como defensor de la patria, salvador de la revolución y forjador de la libertad del pueblo anteriormente oprimido por el yugo monárquico.

El legado de Europa Oriental en la conformación del fenómeno del nacionalismo

En Europa Oriental también comienza a gestarse un tipo de nacionalismo activado por las guerras de expansión napoleónica, pero con profundas diferencias en comparación a la de Europa Occidental, puesto que se caracterizó fundamentalmente porque no buscaba una revisión del orden político establecido, sino una revisión de las bases culturales del pueblo; era, pues, un nacionalismo cultural. Para lograr esa revisión hurgaron en sus raíces, en el pasado, en sus tradiciones, sin arraigo en las masas sino en grupos selectos de eruditos y estudiosos, debido a que sólo una élite tenía acceso a la educación. Generalmente, “el nacionalismo es literario y romántico: nacionalismo de escritores y poetas en países que, por falta de industria y de clase media comparables con la Francia, Inglaterra o Estados Unidos, no conocen el nacionalismo mercantil” (TOUCHARD, 1974, p. 413).

El axioma conceptual sobre el cual descansó el nacionalismo cultural estuvo expresado en la idea del alma nacional “*el Volk*” (KHON, 1966, p. 40), una especie de sociedad sagrada, con alcance moral espiritual. Se puede explicar esta variación del nacionalismo como expresión del atraso de las estructuras sociales y política-económicas de Europa Oriental, esencialmente de tipo feudal. Por ser característico del sistema feudal el influjo de la religión, las ideas de origen religioso se convirtieron en la base del pensamiento social, de manera que se hizo compatible la exaltación nacional enmarcada dentro del pensamiento religioso; por ello, la nacionalidad era comparable a la divinidad, era expresión de ésta, por tanto había que rendirle culto, era sagrada, debía respetarse. Esta idea es presentada por Johann Gottfried von Herder¹⁴ y se impuso en el pensamiento nacionalista de Europa Central y Oriental (KHON, 1966, p. 42).

Así se idealizó el pasado nacional; ya el Estado no era producto de la creación del hombre como forma de organización, sino que pasó a ser concebido como una creación divina, por ello al buscar en el pasado redescubren y resemantizan la lengua nacional, la raza originaria, la tradición como representación de lo sagrado que hay que preservar. Bajo estas consideraciones se comienza a escribir la historia de la nación para demostrar cuán incorruptas han permanecido, en el transcurso de los siglos, la lengua, la raza, en fin, la nación en general.

Esta idea del nacionalismo vinculada a la creencia religiosa contrasta y se hace antagónica a las ideas de la Ilustración que dominaban en el siglo XVIII. La mezcla de la tradición con la corriente de pensamiento romántico¹⁵ hace chocar la visión futurista de la Ilustración con la visión del pasado romántico. De esta manera, a pesar de haber sido influido por Occidente, el nacionalismo de Europa Oriental buscó liberarse de esa herencia, de diferenciarse y lo logra a través de su pasado histórico que le recuerda a cada nacionalidad que cada una tiene su propia esencia y sus propios rasgos distintivos.

El nacionalismo emocional: génesis de las justificaciones totalitarias

Alemania destaca como uno de los precursores de esta nueva forma de nacionalismo. Este país llega tardíamente a estructurarse como Estado nacional, porque las constantes guerras y su base económica social de tipo feudal no permitían que Alemania entrara en la modernidad de la manera como lo hicieron Inglaterra y Francia. Además, los intereses de los nobles alemanes y de Francia, enemiga histórica de Alemania, promulgaban las llamadas “libertades germánicas” (PLONCARD D’ASSAC, 1971, p. 160) que no buscaban más que mantener a Alemania en estado de fragmentación y anarquía, sin la presencia de un monarca que centralizara el poder. Esta condición se logra mediante la aplicación del Tratado de Paz de Westfalia, con el que Alemania queda totalmente fraccionada “en más de dos mil enclaves” (PLONCARD D’ASSAC, 1971, p. 160); sin embargo, la esencia de la nacionalidad ya estaba presente; no en balde decía Ernesto Lavisse que “En el siglo X, de todos los países que habían formado la herencia de Carlomagno, Alemania parecía el más próximo a la unidad” (PLONCARD D’ASSAC, 1971, p. 159), y es el trabajo de Herder y otros literatos los que lograron estimular y sacar de su letargo esa esencia a través de sus ideas sobre la conciencia nacional. “Esa idea-comenta Bainville-era prodigiosamente nueva y estaba llena de prodigiosas novedades en una Alemania dividida hasta el infinito y en la que toda existencia nacional había sido hasta entonces rechazada más que en ningún otro pueblo” (PLONCARD D’ASSAC, 1971, p. 160).

La Revolución Francesa otorgó a Alemania la posibilidad de formar una nación, no ya en torno a una figura monárquica o una familia real, como sucedió en el resto de Europa, sino

en torno a una idea (PLONCARD D'ASSAC, 1971, p. 162), fruto del trabajo de Herder, quien sembró la semilla para la formación del pensamiento nacionalista alemán. Herder decía:

Las nacionalidades son [...] la división histórica más natural de la raza humana. Se distinguen unas de otras, en primer lugar por particularidades de clima y geografía, luego cada uno va desarrollando lenguajes, literaturas, educación y costumbres distintivas, y por medio de ello se llega a tener un carácter popular, una especie de alma nacional que se adentra tanto en los individuos, que perdura por varias generaciones, aunque emigren a otro país (HAYES, 1960, p 88).

Otros intelectuales alemanes fueron alimentando esta idea, agregándole componentes nuevos al pensamiento de Herder. Por ejemplo Friedrich von Schlegel (1772-1829) con sus estudios lingüísticos, añadió la noción de que la lengua es un elemento determinante de la raza y fundamento de la nacionalidad.¹⁶ Luego, Jakob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1785-1859) difundieron una serie de cuentos de hadas que reproducían la mitología teutónica¹⁷, dando ímpetu al *folklore* nacional alemán, que posteriormente inspiraría la música de Richard Wagner (1813-1883).¹⁸ Esto hizo descubrir a los alemanes una serie de aspectos sobre sí mismos que nunca antes habían visto, les permitió valorar el tesoro perdido en el tiempo, las virtudes de un antiguo estado de perfección.

Por otro lado, Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), sostenía que de todos los pueblos civilizados de Europa, sólo los alemanes conservaban una lengua original y no como otros pueblos que se habían embrutecido por el uso de una lengua derivada, por ello debían oponerse a Napoleón y salvar a la humanidad. En sus “Discursos a la Nación Alemana” (1807) dice: “Lo que habla la misma lengua es un todo que la pura naturaleza ha unido de antemano con lazos múltiples e invisibles [...] Semejante todo no puede admitir en su seno a ningún pueblo de otro origen o de otra lengua, ni querer mezclarse con él.”

De esta manera, apelaban a la pureza étnica que no podían tener ni Francia, ni Inglaterra pues a diferencia de éstos, los alemanes no conocían de mezclas ni de orden étnico ni en sus mitos, mientras que “los orígenes de Francia son en un tiempo galos y francos, los británicos, anglosajones, daneses y normandos- sus mitos nacionales incluyen elementos de todas estas fuentes [...]” (KHON, 1966, p. 148). Por lo tanto la lengua nacional era expresión de esa pureza y como tal representaba el alma de la nación. No se concebían las mezclas idiomáticas

ni étnicas como enriquecimiento cultural sino como una forma de degeneración que perturbaba el desarrollo de la nación.

Siguiendo a Fichte, Ernst Moritz Arndt (1769-1860) habla de la superioridad de la germanidad, expresada en su lengua y en su raza, en relación con las lenguas latinas y eslavas.¹⁹ Luego Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852) plantea “la fuerza creadora divina” (JAHN, 1810 apud KHON, 1966, p. 148), su pensamiento tuvo un fuerte influjo en la conformación de tres tipos de movimientos que posteriormente se extenderían al resto de Europa del Este y Central, así como al Asia, creando una nueva modalidad de participación en los asuntos que atentaban contra la nación en nombre de la libertad, aunque una libertad entendida de manera distinta a la de Europa Occidental. Estos movimientos fueron: 1) gremios estudiantiles, 2) asociaciones gimnásticas para el adiestramiento de los patriotas y 3) cuerpos militares de patriotas voluntarios (KHON, 1966, p. 49). Estos últimos fueron los que le hicieron frente a Napoleón, funcionando como un ejército disciplinado y adoctrinado en las ideas nacionalistas de la época, dispuestos a cualquier sacrificio en nombre de la libertad.

Esta nueva forma de nacionalismo no sólo se originó en Alemania, sino que hizo eclosión en el resto de Europa Oriental y Central, llevando esperanza y regenerando el sentido de identidad de los pueblos. En esta región por largo tiempo se mantuvo el nacionalismo en la mano de los intelectuales y liberales, sin pasar a rozar siquiera a las masas de población.

En principio fue algo etéreo, indefinido, que se basó sólo en mirarse al espejo de los orígenes primigenios para descubrir con el tiempo el alma nacional y buscar su regeneración, gracias a las destrezas de poetas, escritores y filósofos que plasmaban en sus obras los matices característicos de cada nacionalidad. Así, en el siglo XIX, el romanticismo permitió esa búsqueda del origen de los pueblos mediante la idealización de lo pasado, lo que posteriormente les llevó a rechazar el liberalismo propio de Occidente y aferrarse a lo convencional.

En un intento de periodizar el nacionalismo de Europa, podemos decir, tomando como base la Revolución Francesa, que la primera etapa del proceso nacionalista se puede ubicar entre 1789 y 1815, durante la cual los intelectuales y algunos líderes políticos liberales intentaron reproducir los logros de la Revolución Francesa. Incluso para muchos, Napoleón

era la gran esperanza para propagar los avances de la Revolución al resto del mundo. La segunda etapa abarca el período que se inicia con la derrota de Napoleón y el orden restaurado impuesto por la Santa Alianza y el Congreso de Viena (1815). La restauración del antiguo régimen no satisfacía las aspiraciones nacionales y ya no se ajustaba al giro dado por la humanidad. La Revolución Francesa había despertado a demasiados pueblos de su letargo de siglos, como para que éstos se conformaran con regresar al estado anterior.

La tercera etapa se inicia en 1848²⁰, está caracterizada por la forma violenta como se manifestaron los nacionalismos y los conflictos que se produjeron entre las diversas nacionalidades que a su vez pretendían lograr su autodeterminación. En esta etapa el nacionalismo es visto como una forma de independencia del dominio exterior, pero no necesariamente libertad del pueblo respecto a sus gobiernos. Los conflictos que se produjeron se generaron del hecho de ser Europa Oriental y Central un mar de grupos étnicos, los cuales quisieron formar su propio Estado y reafirmar su identidad aun en detrimento de derechos ancestrales de las otras, por lo que cada una quería constituir su Estado sobre el territorio que consideraban históricamente suyo, hecho que generó graves conflictos puesto que las fronteras entre estas etnias se habían mantenido muy inconstantes según dominara en el tiempo una u otra. De manera que durante este período, el nacionalismo no fue más que un movimiento agresivo que emprendió la defensa nacional y el derecho de cada nacionalidad a elegir su destino, pero mediante el culto al poder y a la superioridad racial.

El imperialismo: expresión del nacionalismo de las potencias en sus relaciones internacionales

Con la Paz de Westfalia (1648) se reorganiza la estructura de poder entre los Estados europeos, ya que los Tratados de Westfalia:

Sustituyeron la noción de una autoridad supraestatal imperial/papal por la idea de [...] un sistema político basado en la ley internacional y el equilibrio de poder - una ley y un poder que operaban entre Estados, no por encima de ellos (ARRIGHI y SILVER, 2001, p. 47).

Una vez configurada la estructura mundial mediante la organización en Estados nacionales como unidades políticas, el marco de acción de éstos se amplía, se conforma lo que

hoy conocemos como sistema internacional, pero delimitado sólo en torno a Europa, en el cual van a converger las acciones de los diferentes Estados nacionales. Estos Estados nacionales imitaron la manera de hacer política del Gran Imperio Romano del cual conservaban recuerdos, la cual consistía en expandir su radio de acción hasta los confines conocidos imponiendo su dominio; el medio para ello fue la guerra y la conquista. Bajo este parámetro de acción, los Estados europeos, cuyos componentes étnicos mantuvieron históricamente relaciones basadas en el uso de la guerra para defender sus dominios, ahora erigidos en Estados nacionales sus rivalidades de antaño continúan y se exageran en muchos casos, bajo el influjo de los avances científicos y tecnológicos, aunados a los recursos provenientes de los territorios de América.

Estos Estados sólo sabían manejarse mediante la conformación de imperios y sus acciones hacia el extranjero se pueden entender como imperialistas. Ahora bien ¿qué relación se puede establecer entre imperialismo y nacionalismo? ¿Cómo siendo el imperialismo una herencia de la antigüedad podemos afirmar que es una expresión hacia el exterior del nacionalismo europeo?

Primero debemos señalar que existen diferencias estructurales entre los Estados nacionales que se desenvuelven como imperios con sus vecinos y los imperios de la antigüedad, en cuanto a su organización económica, política y social. Y aunque el imperialismo en todos los tiempos lo podemos definir como “una relación de superior a inferior, en la que una zona y su pueblo quedan subordinados a la voluntad de [...] [otro pueblo] extranjero” (PLANO, 1975, p. 175), la diferencia entre el imperialismo antiguo y moderno estriba en que, como señalara en 1902 el inglés John Hobson en su libro *El Imperialismo*,

el nuevo imperialismo se distingue del viejo, primero en que en vez de las aspiraciones de un solo imperio creciente, sostiene la teoría y la práctica de imperios rivales, guiados cada uno de ellos por idénticos apetitos de expansión política y de beneficio comercial, segundo, en que los intereses financieros o relativos de inversión de capital predominan sobre los comerciales (HOBSON, 1902, p. 325).

A diferencia del Imperio Romano, el nuevo imperialismo no conoce leyes y principios unificadores de pueblos, sino que contrariamente impone a otras naciones un asentamiento que

degenera en tiranía, en tanto que siendo la expansión y la competencia sus elementos fundamentales, debe trascender desde la esfera económica hacia la política y para ello requiere de un poder político fuerte que ejerza el control (ARENDR, 1974, p. 181).

Dice Hannah Arendt:

El imperialismo nació cuando la clase dominante en la producción capitalista se alzó contra las limitaciones nacionales a su expansión económica. La burguesía recurrió a la política por necesidad económica [...] [el] sistema capitalista cuya ley inherente es el constante crecimiento económico, tuvo que imponer esta ley a los gobernantes nacionales y proclamar que la expansión era el definitivo objetivo político exterior (ARENDR, 1974, p. 184).

Añadimos a estas diferencias otro elemento como lo es el hecho de que los Estados imperialistas otorgan a sus acciones un contenido ético y jurídico para justificarlas, basados en su superioridad nacional y en el llamado divino para dirigir al mundo. Así, pues, el imperialismo español se basó en la conversión a la fe católica de los aborígenes americanos, los ingleses en la conciencia misionera del hombre blanco, el ruso se basó en el paneslavismo y el estadounidense en el derecho natural sobre los territorios del nuevo mundo y su obligación de protegerlos, a través del llamado Destino Manifiesto.

Otros Estados se basaron en la seguridad nacional como Francia que tenía la necesidad de crear un imperio colonial que superara al de Inglaterra, su rival histórico, en el caso de Alemania para protegerse de Francia y expresar su superioridad racial, o Italia que deseaba restablecer la gloria pasada del Imperio Romano.

Apoiados en el nacionalismo²¹ incentivaron la creencia en sus nacionales de ser especiales y superiores, por lo tanto, basados en el supuesto deber de propagar e implantar la civilización a los pueblos atrasados, impusieron a estos utilizando la fuerza, a través de métodos en ocasiones crueles, con los cuales interrumpieron el desarrollo de sus costumbres y culturas, en muchos casos se exterminaron pueblos, como por ejemplo a los indígenas norteamericanos; en otros casos extrajeron sus recursos y dismantelaron sus economías, como en la India. Impusieron la esclavitud y el servilismo en nombre de la civilización.

No obstante, como consecuencia de las políticas imperialistas se produjo el despertar de la conciencia nacional de los pueblos oprimidos por el imperialismo, como una forma de

oposición a los excesos de las metrópolis y bajo la consigna del legítimo derecho de constituirse en Estados independientes y gozar de los beneficios que este *statu* les otorgaba.

El racismo se convirtió en un elemento importante en el imperialismo moderno. “La predestinación biológica” se convirtió en el sustento de los excesos más indignantes contra la condición humana. En Alemania este pensamiento racial fue el resultado de la conjunción de la acción de patriotas prusianos y el romanticismo político.

Esta ha sido una constante de la política exterior de estos países, unos más que otros en determinado momento, pero práctica constante al fin, a través de la cual utilizando como bandera el Derecho Internacional y la ética en muchos casos han sometido, dominado y en algunos momentos exterminado naciones y pueblos, si con ello contribuyen a su propio beneficio y desarrollo.

América Latina: ¿Es la aparición del nacionalismo consecuencia de la disolución del orden colonial en el siglo XIX?

A mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, en el continente americano se acentúa la curiosidad por el conocimiento, por los nuevos descubrimientos, por las novedosas ideas provenientes de la Ilustración; las ideas de Rousseau, Voltaire y Montesquieu son la fascinación del criollo ansioso de saber.²² El ejemplo novedoso de la Revolución Americana (1776) y su Constitución Nacional (1787), la difusión de las obras de Washington, Jefferson y Benjamín Franklin, pese a las prohibiciones que sobre la materia existían en la colonia, por todo el continente hispanoamericano despierta en los criollos la idea de autonomía de las provincias.²³

Todas las reflexiones que los pensadores europeos de la época hicieron sobre sí mismos y el mundo que los rodeaba se convirtió en el continente americano en el referente principal para construir la ciencia histórica latinoamericana.²⁴ Surge un gran número de intelectuales que comienzan a tejer el ideal de crear en América una república autónoma, rectora de su propio destino; comienzan a valorar las virtudes naturales de la región, los mitos de origen indígena²⁵ y a apreciar la riqueza de la cultura local, lo que comienza a gestar un americanismo ascendente. Figuras como las de Francisco de Miranda, Andrés Bello y Simón

Rodríguez en Venezuela, Juan Egaña, Javier Eugenio Espejo en Chile, Antonio Nariño en Colombia, el jesuita Clavijero en México (PICÓN SALAS, 1953, p. 8-63), destacan como algunos de esos intelectuales del siglo XVIII que iniciaron la corriente hispanoamericanista.

Todos ellos, de alguna u otra forma, legaron sus obras reformadoras para la construcción y articulación de una conciencia de unidad hispanoamericana. En todos los “documentos de la primera insurgencia, la palabra América, la ‘unidad y fraternidad de los americanos’ prevalece” (PICÓN SALAS, 1953, p. 67) como un común denominador.

Podríamos afirmar que de sus obras literarias emergen las primeras expresiones nacionalistas articuladas como proyecto en América Latina, se gesta un nacionalismo cultural elitescos que emanaba de un grupo selecto de intelectuales, no así del grueso de la población del continente. Sin embargo, no negamos la existencia de otros tipos de identidades entre los grupos humanos existentes en la región, pero nos parece que es a través de estos precursores del proceso de independencia que se hace por primera vez, en Hispanoamérica, el esfuerzo de generar una identidad nacional propia.

Estos intelectuales pudieron comprender, a través de las ideas que se filtraban desde España, la crisis por la que atravesaba Europa, incluyendo la metrópoli; esto les permitió formular cambios y vislumbrar la creación de una república dispuesta al progreso.

El siglo XIX estaría signado por los movimientos independentistas en el nuevo continente; los aires renovadores de la Ilustración, la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa, respectivamente, los que funcionarían como fuente de inspiración filosófica y política para estos movimientos. Los motivos por los cuales las colonias americanas se lanzaban a la aventura revolucionaria fueron, en términos generales, los mismos: el trato desigual que les otorgaban sus metrópolis, ya fuera Inglaterra, Francia o España, resumidas en las restricciones de orden cultural, social, político y económico, de las que eran objeto, lo cual creó en sus poblaciones, en especial por parte de las élites criollas fuertes resentimientos hacia las metrópolis.²⁶

La formación de la nación en América Latina fue lento a pesar de los esfuerzos que representaron las ideas de los intelectuales hispanoamericanos de mediados del siglo XVIII e

inicios del siglo XIX, debido a la complejidad de la estructura socio-cultural de la América colonial.²⁷ En el momento histórico al que nos referimos es difícil determinar el estado de la cuestión nacional, pues entendemos que cada grupo social debía tener algún tipo de identidad social pero no articuladas en una unidad.²⁸ Suponemos que en su lugar debió existir algo parecido a una conciencia de clase, es decir, que cada grupo era consciente de sus propias especificidades y limitaciones dentro de la sociedad colonial, pero no creemos en la presencia de una identidad nacional a escala mayor donde estuvieran incluidos todos los habitantes del territorio hispanoamericano, en vista de que la cohesión social era de carácter intragrupal, pues no había homogeneidad en la población ni en sus intereses y las leyes no eran iguales para todos. Coincidían, sí, en el descontento hacia el *status quo*, todos los grupos, de alguna manera sentían que habían sido despojados de algo que les pertenecía, el blanco de su nobleza, el negro de su libertad y su pueblo original, el indio de sus tierras ancestrales y de su dignidad.

El gran desafío del movimiento emancipador no estaba solamente en vencer al ejército español, sino también en conformar un Estado nacional con una conciencia nacional propia. Para ello era preciso incorporar a la lucha a los sectores más vulnerables y excluidos de la población. Desde el enganche voluntario hasta la coacción, sirvieron para engrosar los ejércitos patriotas. Sin estas masas, entendido el término en sentido estrictamente sociológico, que se integraron a la guerra de emancipación, la victoria habría sido imposible.

Simón Bolívar, quien se convirtió en el ideólogo del movimiento libertador, encauzó todos sus esfuerzos a promover la unidad, debía aglutinar todas las fuerzas de la población americana para lograr la victoria. Su visión apuntaba hacia una gran nación continental, por ello, podríamos afirmar que su visión no estaba simplemente en formar la nación venezolana, sino que iba mucho más allá. Para él la nación era la América toda. Esta idea de unidad no es inspiración de Simón Bolívar, tiene sus antecedentes en el movimiento precursor de Manuel Gual, José María España y Juan Bautista Picornell entre 1797 y 1799. En los textos de insurgencia Picornell hace alusión a “el pueblo americano” y a la necesidad de que “América debía ser para los americanos” (SALCEDO BASTARDO, 1982, p. 158; LÓPEZ, 1955). También Francisco de Miranda piensa en la patria americana como un todo surgido del

continente en posesión española, jura y hace jurar a sus seguidores “ser fiel y leal al pueblo libre de Sur América” (SALCEDO BASTARDO, 1982, p. 159).

Bolívar retoma esta idea, la hace suya y se convierte en el principal vocero. Su mérito estriba en haber sabido articular y estructurar el pensamiento de su época y dejar sentadas las bases para la conformación nacional hispanoamericana. Pues aunque en todas las excolonias parecía un común denominador el compartir la idea de una patria que agrupara a todos los americanos, la separatividad en que España mantuvo a sus provincias coloniales, hizo difícil que ésta prosperara. El resultado final fue de 18 naciones soberanas en lugar de la gran nación americana.

Una vez alcanzada la independencia y habiéndose conformado los estados nacionales en América Latina, faltaba mucho para lograr una conciencia colectiva unitaria y la formación de la conciencia nacional no se había consolidado del todo, dadas las diferencias raciales y de grupos sociales tan marcadas que no pudieron ser disueltas por la guerra de independencia, esto llevó a los sectores dirigentes a la utilización de recursos ideológicos para poder mantener “contenidas” a las masas excluidas, alimentando la idea de que se avanzaba hacia mejoras futuras. En América Latina la formación del Estado precedió a la formación de la nación, a diferencia de Europa donde el proceso fue al revés.²⁹

El latinoamericano ha mostrado una persistente búsqueda de su idiosincrasia y lo que representa lo propio latinoamericano pero al mismo tiempo ha insistido en parecerse y adoptar modos de conducta propios de los países más avanzados, en un constante mirarse en el espejo de Occidente³⁰, de tratar de definirse conforme a los parámetros que Occidente ha predeterminado y en los cuales nuestra imagen se revela distorsionada. Desde afuera todos somos latinos pero desde adentro de América Latina sólo nos percibimos como venezolanos, mexicanos, colombianos o cualquiera de las tantas nacionalidades que conforman la América.

Durante el siglo XIX, nuestras élites se esforzaron por europeizarse; una especie de síndrome que Jorge Abelardo Ramos (1983) llamó "una anglomanía o francomanía lugareña"³¹, y que durante el siglo XX se convirtió en americanomanía, refiriéndonos a los Estados Unidos, lo que nos demuestra la existencia de un grave problema de identidad que venimos arrastrando desde nuestra independencia; de tal forma que en muchas ocasiones nos

hemos comportado "como el orangután que imaginaba Blanco Fombona que al imitar a su amo mientras se afeitaba, terminó por degollarse con su navaja" (LEPKOWSKI, 1983, p. 237).

Pasada la etapa emancipadora, el nacionalismo se expresa en América Latina durante el siglo XX mediante el surgimiento del populismo como proyecto político nacionalista y en el impulso al modelo económico de expansión denominado metafóricamente "de crecimiento hacia adentro" bajo la modalidad de una industrialización por sustitución de importaciones.

A pesar de las múltiples vicisitudes que Latinoamérica ha tenido que enfrentar, aún está en la búsqueda de esa autodefinición, y poco a poco se acerca a un proceso que ya Andrés Bello (1966, p. 67) anunciaba para América en su "Alocución a la Poesía", "tiempo es que dejes ya la culta Europa que tu rustiquez desama y dirijas el vuelo a donde te abre el mundo de Colón su grande escena".

THE NATIONALISM LIKE POLITICAL PHENOMENON: HISTORICAL EVOLUTION

Abstract

In this article it is carried out an analysis of the nationalism like a political phenomenon, making a historical journey from Europe to America and linking it to the birth of the national State in both continents. In this context it is observed to the nationalism from three differentiated moments or phases to those that is pointed out as feeling of love to the homeland, like as ideology and political movement, so that we can understand better this phenomenon to which many of the big world events are associate.

Key words: Nationalism. Nation. State.

Notas

¹ Este artículo se escribe tomando ideas del trabajo de grado de la Maestría en Ciencia Política del autor titulada *Naturaleza y Perspectivas de los nacionalismos frente a la globalización. Consecuencias políticas.*

² Personal académico de la Universidad Simón Bolívar, Internacionalista, Magíster en Ciencia Política y aspirante a Doctora en Ciencia Política. E-mail: yetv20@yahoo.es.

³ De la presencia de estas características Anthony Smith deduce la existencia de un Estado étnico que para el autor equivale a una nación premoderna. El Estado étnico se diferencia de la nación moderna en que desconoce la idea de ciudadanía al estilo griego y en que la religión y la educación no eran iguales para todos pues existía

como privilegio de unos grupos humanos, como las clases sacerdotales y aristocráticas. De acuerdo con esta perspectiva, anterior al siglo XII d.C., sólo existen Estados étnicos.

⁴ Para algunos historiadores como Rudolf Rucker, Alejandro era un griego modelo, en el sentido de que sus modales y comportamiento eran acordes con las enseñanzas de Aristóteles, pero a la hora de defender su imperio era el bárbaro perfecto.

⁵ La visión cosmopolita tal vez no tenga nada que ver con un sentido de igualdad o amor a la humanidad, ésta por la forma como se montó el imperio, es decir, a través de la guerra y la conquista, mediante la destrucción y la muerte, parece responder más bien a la necesidad de crear una idea de unidad y lealtad al imperio para preservar su existencia y así Alejandro mantendría su poder político. Lo que logró gracias a su habilidad de utilizar las creencias religiosas de los pueblos dominados para mantenerlo bajo su control, “Así [...] hizo sacrificios a los dioses egipcios en el templo de Menfis y atravesó con su ejército los desiertos ardientes de Libia para interrogar al oráculo de Júpiter-Ammon en el oasis de Siva”. Alejandro se convirtió en un dios viviente, encarnado como hombre, con facultades y poderes para decidir sobre la vida y la muerte (ROCKER, 1949, p. 48-49).

⁶ El término nación significa filológicamente “origen, descendencia”, mientras que patria significa “lugar, ciudad o país en el que se ha nacido” (HOBSBAWN, 1991, p. 24).

⁷ El término etnocentrismo en este contexto equivale al sentido o conciencia de grupo étnico que puede tener una colectividad, es un término asociado a la identidad y equivale a lo que hoy es el nacionalismo respecto a la nación en su dimensión social.

⁸ El ejemplo lo había dado la Revolución Francesa que utilizó un despliegue de símbolos en representación de la República, además de la manera de propagarlo mediante la educación a cada rincón del Estado.

⁹ O conciencia nacional, que de acuerdo con las ideas de Hobsbawn apoyado en Hroch, “se desarrolla desigualmente en las agrupaciones sociales y las regiones de un país, [...] cualquiera que sea la naturaleza de los primeros grupos sociales que la conciencia nacional capte, las masas populares [...] son las últimas en verse afectadas por ellas” (HOBSBAWN, 1991, p. 20).

¹⁰ Siempre se ha hablado del imperialismo inglés a partir del siglo XVI, sin embargo, Hastings asegura que para finales del siglo XIII y principios del XIV ya mostraba un comportamiento imperialista y basa su argumentación en la manera como conquistó a Escocia, Gales e Irlanda (Cf. HASTINGS, 2000, p. 74).

¹¹ Con el Renacimiento comienza el hombre a descubrirse, a repensarse y en función de este redescubrimiento comienzan a estructurarse las diferencias nacionales, puesto que la invención de la imprenta fue crucial para el idioma nacional, la escritura nacional y sobre todo para interpretar la Biblia en el idioma de cada localidad, creando las condiciones para el proceso de Reforma Católica.

¹² Hastings señala que la vena imperialista de Inglaterra tiene su origen en la invasión normanda, pues siendo éstos últimos un grupo invasor y conquistador, al mezclarse con los ingleses les heredó sus tendencias imperialista (HASTINGS, 2000, p. 64).

¹³ Cf. HOBSBAWN, 1991, p. 99-100; HAYES, 1960, p. 69-73; SMITH, 1997, p. 71.

¹⁴ Herder (1744-1803) fue un clérigo luterano, discípulo de Kant, admirador de Rousseau y de la literatura inglesa romántica (HAYES, 1960, p. 87).

¹⁵ El romanticismo surge como una crítica al racionalismo exacerbado de la Ilustración, incapaz de explicar las relaciones humanas fuera de las leyes mecánicas de la ciencia. Surge de la necesidad ontológica del hombre por descubrirse como un ser que siente y piensa, que responde de manera distinta ante los estímulos externos, “[...] busca [...] algo más inefable; la lengua original, cargada de connotaciones semánticas perdidas, el espíritu del pueblo, o su carácter nacional; lo íntimo de la personalidad, tanto colectiva como individual, capaz de estimular aventuras de la acción y del sentimiento; ‘una nueva mitología [...]’ (BOBBIO, 2000, p. 1424). Entre los idealistas románticos más influyentes se encuentran Emmanuel Kant (1724-1804) y Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831) (BURNS, 1983, p. 664-665).

¹⁶ Frederich von Schlegel, *Sobre la lengua y la sabiduría de los indios [Uber die Sprache und weisheit der Indien]*, 1808, *Historia de la literatura antigua y moderna [Geschichte der alten und neuen literatur]*, 1815.

¹⁷ En la arquitectura de la Edad Media alemana también pudieron encontrar enriquecedores motivos de inspiración, la naturaleza les hablaba del terruño perdido, convirtiéndose en el altar de la patria. Jacob y Wilhelm Grim, *Cuentos infantiles y del hogar [Kinder-und Hausmarchen]*, 1812.

¹⁸ Richard Wagner, *El oro del Rin* [*Das Rheingold*], 1869, *La Valquiria* [*Die Walküre*], 1870, *El anillo de los Nibelungos* [*Der Ring des Nibelungen*], 1876, *El ocaso de los dioses* [*Götterdämmerung*], 1876.

¹⁹ Ernst Moritz Arndt, *La germania y la Europa*, 1807. (Cf. KHON, 1966, p. 48-49).

²⁰ Esta etapa se distingue por ser el momento en que se logra la unificación alemana de la mano de Otto von Bismarck quien inaugura el uso del realismo político como una forma de hacer política exterior. También coincide con el intento de unificación italiana bajo la dirección primero de Mazzini, luego de Camilo de Cavour (1850) y finalmente de José Garibaldi (1860), para lograr finalmente la unificación en 1870. Algo similar ocurre en los Balcanes entre 1875 y 1876 con revueltas en Bosnia, Herzegovina y Bulgaria con intenciones de liberarse del dominio turco. Por otro lado en Rusia hubo levantamientos nacionalistas de dos tipos, uno populista (*narodniki*) y otro paneslavista que pretendía la formación de un movimiento eslavo en el que Rusia ejerciera el liderazgo (Cf. BURNS, 1983, p. 703-721).

²¹ Fue John Hobson quien logró determinar la conexión entre el nacionalismo y el imperialismo a pesar de ser dos conceptos que se excluyen recíprocamente (AREND, 1974, p. 214).

²² Uno de los reproches que hacen los criollos americanos a la metrópoli española es la censura y bloqueo de la información proveniente de Europa, además del poco esfuerzo que se le atribuía a la formación de la juventud colonial, dejándolos en el más profundo oscurantismo. Contaban con muy pocas escuelas y Universidades y el principal tema de los textos escolares eran de orden religioso. Aunque hay que reconocer que en los dominios políticos territoriales denominados Virreinos la educación fue un poco más esmerada, pero siempre con un cuidadoso control sobre la información que llegaba a manos de los colonos. Respecto a la educación durante la época colonial ver Simón Rodríguez (1992, p. 372-397 y 395-397).

²³ “[...] en el siglo XVIII el gusto literario se modifica por la influencia del pensamiento y las letras francesas que al penetrar en España pasan casi de inmediato a las colonias. Las clases cultas leen con avidez las ‘luces’ de la Ilustración y abiertamente o en secreto se deslizan ensayos o escritos filosóficos que dan una concepción más racional del mundo. Ya para 1736 los jesuitas enseñaban en quito los postulados científicos de Descartes, Leibniz y Newton. Y aún antes de la muerte de éste último, su novedoso sistema físico matemático se discutía en los viejos claustros de la Universidad de San Marcos de Lima” (LEAL, 1985b, p. 481)... (Cf. LEAL, 1978; PICÓN SALAS, 1952).

²⁴ Uno de los autores más leídos durante ese período fue el Ministro de Carlos III de España, Pedro Rodríguez de Campomanes, quien destacó como promotor de muchas de las reformas del reinado borbónico en sus colonias. “Criticó con dureza la política comercial de España, su sistema mercantil, la política aislacionista hacia las colonias americanas [...] España debía fundar un gran centro de estudio para los americanos, darles en la Península cargos y prebendas, [...] fomentar ‘la amistad y la unión para formar un solo cuerpo de nación’” (LEAL, 1985, p. 270). (Cf. WILCKENS, 1960). Es, pues, “el grado de innovación de la cultura católica española y en alguna medida europea, el que induce y a la vez marca los límites de avances de la mayor parte del pensamiento criollo preindependentista del siglo XVIII” (CHIARAMONTE, 1992, p. xvii). Otros ministros de Carlos II, como Aranda, Jovellanos, Floridablanca también contribuyeron a dar luces a los criollos sobre la situación que vivía España (Cf. AGESTA, 1953; HERR, 1964).

²⁵ “Los padres Clavijero, Juan de Velasco, Ignacio Molina, José Manuel Peramas, Gily, etc., destacaron una entusiasta apología del indio y una rehabilitación de la naturaleza y de la inteligencia de los americanos” (LEAL, 1985, p. 296). Cf. CHIARAMONTE, 1992, p. xv-xvi.

²⁶ Existía descontento por las restricciones económicas causadas por el extremo mercantilismo que solo beneficiaba a España, el aislamiento intelectual y las diferencias entre los nacidos en España y los criollos. “El movimiento de independencia surgió, salvo casos excepcionales, como un brusco aunque titubeante proceso impulsado por las crisis de las monarquías ibéricas y la presión inglesa, sobre la base, sí, de una larga historia de resentimiento y rivalidad de los criollos hacia los peninsulares” (DONGHI, 1969, p. 74-75). Por otro lado, los memoriales y las representaciones, con los que los criollos exponían los daños que les ocasionaba el sistema económico aplicado por España, “dan testimonio de ese entusiasmo por criticar la realidad colonial a la luz de las nuevas ideas económicas y sociales circulantes en Europa” (CHIARAMONTE, 1992, p. xxiii).

²⁷ El sistema social creado por el sistema colonial se caracterizó por su rigidez, “la formación de la nación y el proyecto de la nación propuesto por las clases ilustradas del siglo de las luces [...] suponía la ampliación de la libertad, la modernización de la sociedad, la estructura social menos rígida [...] el acercamiento de las clases a

consecuencia de la eliminación de las barreras de castas , la liquidación o debilitamiento de la esclavitud y [...] los patriotas que dirigían los Estados surgidos de la guerra de independencia dieron sólo un pequeño y formal paso hacia la integración social dentro del marco de la libertad” (LEPKOWSKI, 1983, Tomo III, p. 45). En lo cultural se pasa de una revisión de la cultura por el colonialismo y de la nativa. Una vez alcanzada la independencia la cultura hispanoamericana se ve permeada por la francesa y la inglesa (SOLER, 1980).

²⁸ “Los criollos blancos se sentían americanos y en su opinión tenían dos patrias: la local y la de su nivel superior [...] ‘de administración colonial’ [...] Los indígenas a su vez seguían considerando a los criollos y los indígenas descendientes de los conquistadores [...]. En general, los criollos y los indígenas no compartían las mismas idea de patria. Ninguno [...] tenía conciencia de pertenecer a la misma comunidad nacional o por lo menos pre-nacional [...], el caso de los esclavos negros es parecido” (LEPKOWSKI, 1983, Tomo III, p. 44). Más complejo aún sería el caso de los mestizos y mulatos quienes compartían un poco de cada uno de los grupos mencionados.

²⁹ Cf. FIGUEROA, cap. XXXI: “[...] en las naciones europeas el Estado es un producto de la Nación, paulatina presencia que se había venido formando al paso de las sucesivas generaciones; en otros países (y en el caso de Venezuela) el Estado ha formado la Nación”.

³⁰ “Y es que aunque estamos inmersos en la cultura occidental, no pertenecemos del todo a ella, pues América tiene sus propias especificidades culturales que la diferencian de Europa, Estados Unidos y Canadá, como lo son nuestro mestizaje étnico, nuestra historia, nuestra manera de percibir el mundo” (PEÑA, 2001).

³¹ Primer Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano, p. 237.

Referencias

AGESTA, Luis Sánchez. *El pensamiento político del despotismo ilustrado*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1953.

ARENDT, Hannah. *Los orígenes del Totalitarismo*. Trad. de Guillermo Solana. Madrid: Taurus Ediciones S.A., 1974.

ARRIGNI, Giovanni; SILVER, Beverly. *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Trad. de Juan Mari Madariaga. Madrid: Ediciones Akal, 2001.

BOBBIO, Norberto et al. *Diccionario de Política*. 12. ed. Madrid: Siglo XXI, 2000, Tomo II.

BURNS, Edward Mac Nall. *Civilizaciones de Occidente*. Su historia y su cultura. 14. ed. Trad. de Rubén Laporte. Buenos Aires: Siglo XX, 1983, Tomo I.

BELLO, Andrés. *Antología*. Caracas: Ministerio de Educación, 1966.

BRITO FIGUEROA, Federico. *Historia Económica y Social de Venezuela*. 4. ed. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central/UCV, Tomos I y II.

CHIARAMONTE, José Carlos. *Pensamiento de la Ilustración*. Economía y Sociedad Iberoamericana en el siglo XVII. 2. ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.

DONGHI, Tulio Halperín. *Historia constitucional de América Latina*. Madrid: Editorial Alianza, 1969.

- DURKHEIM, Emilie. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1992.
- FICHTE, Johann Gottlieb. *Discursos a la nación alemana*. Berlín, 1807.
- FIGUEROA, Federico Brito. *Historia Económica y Social de Venezuela*. 4. ed. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central/UCV, Tomo V, cap. XXXI.
- GELLNER, Ernest. *Naciones y Nacionalismo*. Trad. de Javier Setó. Madrid: Editorial Alianza, 1988.
- HASTINGS, Adrian, *La construcción de las nacionalidades: Etnicidad, religión y nacionalismo*. Trad. de Cristina Peña. Madrid: Cambridge University Press, 2000.
- HAYES, Carlton. *El nacionalismo. Una religión*. Trad. de M. Luisa De Del Real. México: Editorial Hispano América (UTEHA), 1960.
- HERR, Richard. *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1964.
- HOBBSAWM, Eric. *Nacionalismo y Naciones desde 1780*. Trad. de Jordi Beltrán. Barcelona: Editorial Crítica, 1991.
- HOBSON, John. *Imperialism*. Londres, 1902.
- KEDOURE, Elie. *Nacionalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1988.
- KOHN, Hans. *El Nacionalismo. Su significado y su historia*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1966.
- LEAL, Ildefonso. *Libros y Bibliotecas de la Venezuela Colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978, v. 132 y 133.
- _____. *Nuevas Crónicas de Historia de Venezuela*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985, Tomo I, n. 36.
- _____. *Nuevas Crónicas de Historia de Venezuela*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1985b, Tomo I, n. 37.
- LEPKOWSKI, Tadeusz. Formación de nacionalidades en América Latina (1780-1830). Reflexiones generales y algunos casos específicos. En: *Congreso Bicentenario de Simón Bolívar*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983.

- LÓPEZ, Casto Fulgencio. *Juan Bautista Picornell y la conspiración de Gual y España*. Narración documentada de la prerrevolución de independencia. Caracas: Ediciones Nueva Cádiz, 1955.
- MAC NALL BURNS, Edward. *Civilizaciones de Occidente*. Su Historia y su Cultura. 14. ed. Trad. de Rubén Laporte. Buenos Aires: Siglo XX, 1983, Tomo I.
- PEÑA, Yetzy Villarroel. *América Latina: identidad en construcción*. Dic. 2001 (ensayo inédito).
- PLANO, Jack. *Diccionario de Relaciones Internacionales*. México: Lumisa, 1997.
- PICÓN SALAS, Mariano, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas: Ediciones Cruz del Sur, 1952.
- PLONCARD D'ASSAC, Jacques; *Doctrinas del nacionalismo*. Barcelona: Ediciones Acervo, 1971.
- SOLER, R. *Ideas de la cuestión nacional latinoamericana de la emergencia del imperialismo*. México: Siglo XXI, 1980.
- ROCKER, Rudolf. *Nacionalismo y cultura*. Trad. de D. A. de Santillán. Málaga: Editorial Alebrije, 1949.
- RODRÍGUEZ, Simón. Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y Medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento. En: CHIARAMONTE, José Carlos. *Pensamiento de la Ilustración*. Economía y Sociedad Iberoamericana en el siglo XVII. 2. ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992, p. 372-397 y 395-397.
- SALCEDO BASTARDO, J. L. *Bolívar: Un continente, un destino*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central/U.C.V., 1982.
- SMITH, Anthony. *La Identidad Nacional*. Trad. de Adela Despujol Ruiz-Jiménez. Madrid: Trama Editorial, 1997.
- _____. *Nacionalismo y Modernidad*. Trad. de Sandra Chaparro. Madrid: Ediciones Istmo S.A., 2000.

V.V.A.A. *Primer Congreso del Pensamiento Latinoamericano (29 junio-2 julio)*. Caracas, Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar/ Congreso de la República de Venezuela, Tomo II, V. I, 1983.

WILCKENS, Ricardo Krebs. *El pensamiento Histórico, político y económico del conde de Campomanes*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1960.

Recebido: 19/09/2006

Aceito: 02/09/2007